

La magia de las máscaras

No solo sigue viva, sino que ha evolucionado.
La Máscarada es una tradición costarricense que se adapta a los cambios y gustos de la gente

Por Stefany Hernández

La Giganta, el Diablo, la Tule Vieja y la Llorona son algunos de los personajes que acorralan a Gilberto Ávila Badilla desde que tenía 12 años. “Ellos (los personajes) son mágicos... son parte de mi familia”, afirma este santaneño de 37 años de edad.

Hace más de dos décadas formó el grupo “Máscaras Tradicionales santaneñas”; hoy, recuerda el día en el que Pedro Arias, pionero de las mascaradas de Santa Ana, le enseñó a diseñar su primer personaje: la Giganta.

Las manos de Ávila le han dado vida a numerosos mantudos (como popularmente se les llama debido a que la máscara está montada en una estructura de hierro o de madera que es ocultada con largos y coloridos metros de manto que forman los vestidos de los personajes): desde los ya tradicionales (como el Brujo, el Polizonte, el Diablo, la Giganta), hasta leyendas costarricenses y expresidentes de la República (como Miguel Ángel Rodríguez - cuya máscara fue utilizada por los sindicalistas durante las manifestaciones del Combo del ICE - y José María Figueres).

“Me siento muy orgulloso de promover el arte y la cultura costarricense; y, me llena de satisfacción ver a extranjeros comprar mis máscaras”, asevera Ávila, quien relata la vez en la que un es-



tadounidense llegó hasta su casa, en Pozos de Santa Ana, para pedirle que le diseñara una máscara de Bill Clinton y de Abraham Lincoln.

“Cuando terminé el trabajo, llamé al gringo para avisarle que todo estaba listo, pero para mi sorpresa el hombre acababa de morir de un infarto”, cuenta. No obstante, aún conserva las máscaras como recuerdo.

Al igual que Ávila, Gabriela Rojas lleva más de una década en el negocio de la creación de máscaras en el barrio San Cayetano, en San José; de hecho, creció en el seno de una familia de artistas: es sobrina del escritor Carlos Salazar He-

rrera, tiene primas que son actrices y además siempre vio a su madre pintando y decorando cuanto cosa encontraba.

“Siempre trabajé en oficinas. Pero cuando quedé embarazada comencé a pintar y a hacer máscaras y me di cuenta de que esto de diseñarlas y venderlas es como una profesión; me decidí y formé un grupo llamado “Cegasi” - derivado de las primeras dos palabras del nombre de las integrantes: Cecilia, su madre, Gabriela y Silvia, su tía-”, explica Rojas, quien añade que “las mascaradas son un producto rentable pero lo más importante es la satisfacción que se siente cuando uno ve la alegría de la gente”.

Tradición versus modernidad

“Aunque las mascaradas llegaron a nuestro país en la etapa colonial, el hecho de que la tradición prevalezca no quiere decir que se mantenga igual, pues ahora todo es más comercial”, alega Silvia Quesada Bermúdez, quien mantiene, desde hace cinco años, el grupo “Variedad Artística de Ciudad Colón”.

“Ahora todo es comercio y comercio; vender y vender. En algunos pueblos, la cimarrona (grupo musical que acompaña las mascaradas) cobra altas sumas que la comunidad no puede costear, lo cual obliga a que se pierda esta costumbre”, enfatiza.

Por su parte, Ávila sostiene que a pesar de los cambios que exigen los nuevos tiempos, no todo es negativo, pues tam-



bién el material y las técnicas de producción evolucionan.

“Es cierto que los tiempos han cambiado, pero también los costos de producción se han perfeccionado para ajustarse a las necesidades del público; por ejemplo, los disfraces de antes eran de papel periódico; ahora hay fibra de vidrio y papel celofán, lo que garantiza la duración y la seguridad de quienes se los ponen”, explica el santaneño, quien añade que otra de las diferencias más evidentes es a la hora de las contrataciones.

“Antes, la gente contrataba a algún grupo de mascaradas sólo para alegrar las fiestas patronales (celebración del Santo Patrón de cada comunidad) o uno que otro matrimonio; ahora la lista de actividades ha aumentado: fiestas infantiles, primeras comuniones, inauguraciones de restaurantes e incluso discotecas”, afirma entre risas y admite que el día en el que más actividad tiene es el 31 de octubre, Día de la Mascarada Tradicional Costarricense.

De igual manera piensa Quesada, quien asegura que son en estas actividades donde los extranjeros afloran.” Es divertido cuando sale la Giganta o el

Diablo detrás de los turistas porque se asustan, pero después empiezan a tomar fotos; luego se ponen a bailar y a hacer negocios con nosotros”.

Con el paso de los años la forma, el tamaño y la selección de los disfraces también han sufrido cambios. Según, Alcides Jiménez, de 70 años y asiduo seguidor de las mascaradas, actualmente hay más variedad en cuanto a colores, vestimentas y cantidad de personajes.

“Hoy uno puede ver como 12 ó 15 personajes; antes llegaban a ocho. Además les ponen ropa más alegre y moderna; incluso en muchos pueblos se hacen máscaras alusivas a algún habitante, por ejemplo aquí hay máscaras del pulpero, del peluquero, del maestro...”, explica el anciano vecino de Santa Ana.

¡El público manda!

Para muchos costarricenses, el Brujo, el Polizonte, el Diablo y la Giganta son los principales protagonistas de las mascaradas; sin embargo, el ingenio de quienes se dedican a crearlos y las exigencias del público han obligado al na-

cimiento de más y mejores personajes.

El grupo “Mascaradas tradicionales santaneñas”, propiedad de Ávila, posee doce “integrantes” aparte de los cuatro tradicionales: La Negra, la Viejita, el Español, la Calavera, el Campesino, la Minifalda y dos inspirados en pobladores de la comunidad.

“El objetivo es satisfacer a la gente. Si piden más personajes, pues se hacen más; si piden a algún vecino también se hace... todo sea para no perder la tradición”, manifiesta Ávila.

En la comunidad de Pozos de Santa Ana, al igual que en Ciudad Colón, se realizan los conocidos “pasacalles” (desfiles de mascaradas) cada 22 días a petición de los mismos vecinos, quienes son los que imponen la hora.

“Aquí hay que sacar las mascaradas cada tres semanas porque la gente le dice a uno que saquen los disfraces; de ellos depende la hora; ellos son los que mandan”, relata Silvia Quesada.

Tanto Ávila como Quesada y Rojas coinciden en que ellos son quienes mantienen y diseñan a los personajes pero que el público es el verdadero dueño de “los mantudos”.